

El Centauro y los Centauristas. La originalidad del señor Ortega y Gasset (1939)*

CARLOS ASTRADA**

Con una insistencia monótona, rayana en el mal gusto y en la aspereza del papel de lija, el señor Ortega y Gasset, en las seis conferencias de “Amigos del Arte”, ha dejado asomar, entre las construidas metáforas de su estilo barroco, las puntas y aristas de un fastidio, de un enojo, cuya exteriorización llegó a fatigar al auditorio. El escritor español está enojado, a lo que dejan sospechar sus palabras, por opiniones vertidas irreverentemente entre nosotros acerca de su persona, de su oratoria, de sus ideas filosóficas, y de la presunta originalidad de estas. Le preocupa demasiado lo que dice “la gente”, la cháchara anónima, el chisme oficioso.

El ex profesor de la Universidad Central parece que está muy disgustado con sus modestos colegas argentinos, que se habrían mostrado remisos en reconocer y acatar su infalibilidad filosófica; en proclamar arrodillados, turulatos ante la pujanza creadora de su “genios”, que recién con él se hace algo que valga la pena en filosofía. Porque debemos tomar nota de que nadie, ningún filósofo o sociólogo del pasado ni del presente ha sido capaz de decirnos, ni aproximadamente, lo que es “el hecho social”. Tampoco nadie lo dirá o repetirá después de haber escuchado al señor Ortega, porque éste, tan lleno de pensamientos “propios”, de atisbos geniales, de comprobaciones extraordinarias (como esa de que los ingleses enseñaron a leer el latín a los europeos continentales y aquella de que un dandy, naturalmente inglés, inventó el impermeable... y mister Chamberlain el paraguas) tenía tantas cosas “novísimas” que decir, y era tan escaso el tiempo de que disponía, que “la gente” salió en ayunas en lo que respecta a la naturaleza y estructura del “hecho social”. Y esto, a pesar del empeño con que él nos previene: “atención, sed todo oídos, porque esto que voy a decir, tan importante, tan esencial, se enuncia por primera vez desde que los hombres filosofan”. No cabe mayor irreverencia que permitirse discutir o meramente suponer si el

* Publicado en el diario *El Pampero*, Buenos Aires, 23 de noviembre de 1939, con el pseudónimo “Braulio Marín”, que Astrada retomará más de veinte años después, en la revista *Kairós* que publicara junto a su discípulo Alfredo Llanos. Se trata del primer artículo conocido en que utiliza tal pseudónimo.

** Carlos Astrada (1894-1970), es considerado uno de los mayores filósofos argentinos del siglo XX, introductor de la filosofía de Martin Heidegger a la Argentina y difusor del pensamiento de Edmund Husserl y Max Scheler.

señor Ortega es literato o filósofo, o más literato que filósofo, o más filósofo que literato (o menos filósofo que original) cuando en realidad él es ambos a la vez, es —según propia y modesta confesión— el “Centauro”. Es decir, es literato para los filósofos, filósofo para los literatos... y unidad original (la entelequia del Centauro) para sí mismo y el vulgo que le quema incienso. Pero el “Centauro”, como nos hizo saber desde muy arriba en un alarde de jactanciosa fecundidad, ha procreado aquí “centauritos”, escindidos, imperfectos que, por la mañana son profesores en la Facultad de Filosofía y Letras y, por la tarde, aspirantes a cracks en el Hipódromo. Es evidente que el señor Ortega está decepcionado de algún discípulo, de algún “centaurito” —uno de los muchos con que nos ha obsequiado su “logos espermático”— cuya pezuña equina ha confundido el prado florido con la pista... Error explicable en un ejemplar de la progenie del “Centauro”, es decir, de un ser cuya unidad está hecha de dualidad, de duplicidad. Esta doble esencia del “Centauro” explica también ciertas actitudes... El señor Ortega nos confesó que desde su segundo viaje al país se siente un desterrado de nuestra ciudad (“de esta tierra porteña”), ¡hasta tal punto se había identificado con Buenos Aires! Era tan sincero y conmovedor su afecto a nuestro país, que en sus seis “clases” no pudo ocultar su encono contra los porteños. Y todo porque le han dicho (“se dice”) que se lo ha discutido.

Discutirlo a él, sobre todo si él, el “Centauro”, es filósofo o literato, tales discusiones, son propias —nos lo dijo hinchado de “genio”— de “países no creadores” (quiso decir “inferiores”). Efectivamente, todavía (y del todo en ciertos círculos de rastacueros) somos un país de asimilación, curioso, plástico, y porque lo somos, y sin crítica, vienen a hacer su agosto los Marañón, los Almagro de San Martín, los Ludwig, y otros Ludwigs para uso y fruición de las horteras internacionales, de las masas cosmopolitas dementalizadas. Por este camino tan fácilmente abierto llega también el señor Ortega (amén de innúmeros cómicos de la lengua) con un bazar de “novedades” que quiere hacer pasar como de propia fabricación. De creerle, se dedica a crear ex-nihilo nada menos que la filosofía. Con él, algún día, con los textos en la mano, tendremos que arreglar cuentas, exhibiéndolo como lo que es: un repetidor de los verdaderos filósofos creadores.

Aquí, en la Argentina, se expone filosofía, se repiensen problemas, pero se cita a los filósofos que se expone, discute y critica. En cambio el señor Ortega presenta concepciones e ideas filosóficas ajenas como propias, disfrazándolas, envolviéndolas, para que los incautos o semi-informados no las reconozcan, en las imágenes de su barroquismo tan lleno de circunloquios, de digresiones tendientes a despistar... Así, literalmente, ha despojado a Simmel, a Bergson, a Scheler, a Dilthey y, ahora, a Heidegger. En sus recientes clases de “Amigos del Arte” se ha andado, haciendo piruetas literarias, por las ramas de la filosofía existencial heideggeriana, pues su tema fue el del mundo humano circundante, ya magistralmente analizado e interpretado por Heidegger (“la co-existencia de los otros y el cotidiano estar con otro”). Pero el señor Ortega, muy suelto de cuerpo, dijo que las ideas que enunciaba no tenían nada que ver con eso que “algunos, por ahí, habían dado en llamar filosofía existencial”. Naturalmente, que no se trataba de esta como testimonio válido para su concepción de la “voluntad de poderes”. Parodiando filosofía puesto que a tales elucubraciones le faltaban las raíces y el tronco. El “Centauro” andaba a horcajadas sobre las ramas, flotantes, llevadas y traídas por el viento de las metáforas, de las digresiones, de los alardes de originalidad.

Después de todo, es propio de “países no creadores”, como el nuestro, dudar de la envidia creadora del señor Ortega, y máxime cuando él mismo se encarga de convencernos de ella. Nietzsche, ya envuelto por las sombras de la demencia, fue sorprendido en uno de esos raros momentos de lucidez que tenía, exclamando con gran fuerza: “¡esos españoles, esos españoles han querido ser demasiado!” (duda nietzscheana, quizás, en aceptar este hecho la frase de Nietzsche, debemos decir: “¡este señor Ortega, este señor Ortega quiere ser demasiado original y con recursos muy poco originales!”) (duda acerca de la validez y vigencia que pueda tener la idea de originalidad que se ha forjado el señor Ortega). No es que el conferencista de “Amigos del Arte” carezca de ideas de su propia cosecha. Concedemos que las tiene, y muy sugestivas, y que hasta podemos llamarlas filosóficas, tales como su idea del “hombre interesante”, del “nuevo saludo” que están inventando los ingleses para reemplazar al clásico de dar la mano, del “proyecto vital”, y de “lo social” encarnado en el “agente del tráfico”, etc., etc. Todas estas son, ciertamente, ideas filosóficas, pero que pertenecen, lo mismo que su genial inventor, al género chico filosófico (una idea original que recomendamos al señor Ortega para cuando quiera referirse a Kant, a Rousseau, a Simmel, Bergson, Scheler y Heidegger).

